

COLECCIÓN
LA LENGUA
EN CUESTIÓN

BENVENUTO TERRACINI

EL CONCEPTO DE
LIBERTAD LINGÜÍSTICA



•
DIEGO BENTIVEGNA

CON UN ESCRITO DE
BENEDETTO TERRACINI



VERA editorial cartonera

BENVENUTO TERRACINI



COLECCIÓN
**LA LENGUA
EN CUESTIÓN**

**BENVENUTO
TERRACINI**
EL CONCEPTO
DE LIBERTAD
LINGÜÍSTICA

DIEGO BENTIVEGNA

CON UN ESCRITO DE BENEDETTO TERRACINI



VERA editorial cartonera

HUELLAS ARGENTINAS BENVENUTO TERRACINI Y LA NOCIÓN DE LIBERTAD LINGÜÍSTICA¹

DIEGO BENTIVEGNA

*¿Es lenguaje esa lengua hecha
de símbolos y de silencios?* B.T.

PASAJES Y EXILIO

El texto que presentamos es la versión en forma de artículo de una conferencia que Benvenuto Terracini pronunció en Buenos Aires en el Colegio Libre de Estudios Superiores en 1949, versión publicada ese mismo año en *Cursos y conferencias*, la revista de la institución.²

Hacia 1949 Terracini, uno de los más importantes lingüistas italianos del siglo xx, ya hacía un tiempo que había dejado de

1 Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto «Leyes raciales e intelectuales migrantes: discriminaciones y nuevas oportunidades» que forma parte del Programa Bilateral CUIA-CONICET, y del proyecto Trans.arch «Archives in Transition: Collective Memories and Subaltern Uses», financiado por la Unión Europea.

2 Activo desde 1930 y ligado a nombres como el del crítico Roberto Giusti, el historiador José Luis Romero, el crítico de arte Jorge Romero Brest o el filósofo Alejandro Korn, el Colegio funcionaba en esos años como una suerte de universidad alternativa y ofrecía un marco institucional autónomo con respecto al Estado en el que operaban muchos intelectuales y científicos que, por diferentes razones, pero sobre todo por motivos políticos durante el primer peronismo, habían quedado fuera de la institución universitaria (cfr. Neiburg, 1998: Buchbinder, 2005).

residir en nuestro país. Terminada la guerra con la derrota del fascismo, había vuelto a comienzos de 1947 a Italia, donde asume la cátedra de Lingüística en la Universidad de Turín, su ciudad natal. Para entonces, había pasado cuatro años en la Argentina, más concretamente en la ciudad de Tucumán, «una modesta ciudad de la provincia argentina, a veinticuatro horas de tren de Buenos Aires» (Treves, 1989: 181) en cuya universidad se hizo cargo de la cátedra de Lingüística.

Terracini llegó a la Argentina en julio de 1941, en plena guerra europea, cuando Mussolini había decidido que Italia entrara al conflicto mundial al lado de la Alemania de Hitler. Había salido de su país en circunstancias dificultosas en junio de ese año, junto con su hija Eva en un viaje a través de Francia para llegar a la neutral España, como reconstruye en este mismo libro su sobrino Benedetto. Era un momento en que la Universidad Nacional de Tucumán, del mismo modo que otras jóvenes instituciones superiores del interior del país, asumía una política de hospitalidad hacia estudiosos europeos que se habían visto obligados a abandonar sus espacios laborales y familiares en sus países de origen. En el caso de Terracini —y también en el de otros intelectuales y profesores italianos de origen judío que en esos años llegan a la Argentina (su hermano Alessandro, matemático; el también matemático Beppo Levi; el filósofo Rodolfo Mondolfo; el economista Gino Arias; el filósofo del derecho Renato Treves; el editor Cesare Civita; la médica Eugenia Sacerdote³), la experiencia del exilio argentino fue consecuencia de las políticas racistas asumidas en los años anteriores por los regímenes de orientación fascista. En Italia, esas políticas se plasmaron fundamentalmente en la legislación implementada por el régimen de Mussolini en 1938, a imitación de las disposiciones de la Alemania nazi en 1935 (las llamadas «leyes

3 Sobre la emigración judía italiana en la Argentina, puede consultarse en español el libro clásico de Jarach y Smolensky, reeditado recientemente por la editorial de la Universidad Nacional de Villa María (2019).

de Nuremberg»), que dejaron fuera del sistema universitario a Terracini, por entonces profesor en la Universidad de Milán.⁴

El artículo que presentamos puede ser leído como un texto que plasma una serie de pasajes en las concepciones de lenguaje de Terracini que, por la importancia de su figura, dejarán una huella importante en los estudios lingüísticos en ámbito italiano. Por un lado, esos pasajes afectan la cuestión de las lenguas de saber filológico y lingüístico: el texto se mueve entre el castellano, la lengua de «hospitalidad» durante el destierro de Terracini y en la que la conferencia fue dicha y luego publicada como artículo, y el italiano, la lengua «natal», en la que será retomado, ampliado y refundido pocos años más tarde. Ello se liga con otro pasaje: el que va de la conferencia oral al artículo de difusión y, de estas formas genéricas, al artículo publicado en un medio científico y, finalmente, al libro. De hecho, «El concepto de libertad lingüística» opera como antecedente inmediato de la serie de artículos que, con el nombre de «Lingua libera e libertà linguistica», Terracini publica entre 1950 y 1953 en el *Archivio Glottologico Italiano*.⁵ Es el mismo título que Terracini adoptará para un libro en 1963, considerado por algunos estudiosos (Luchini, 2019) como su principal aporte a los estudios lingüísticos.

Además, el texto sintetiza toda una serie de indagaciones que el autor venía realizando en el campo de los estudios lingüísticos en los años posteriores a su regreso a Italia (escandidos por viajes periódicos, como recuerda Benedetto, a la Argentina). Implica al mismo tiempo una apertura hacia cuestiones futuras que involucran no solo a Terracini sino también a las personas que se forman con él y que ocuparan un lugar prominente en los espacios de la filología y de la crítica, la lingüística y la semiótica italiana de posguerra, como

4 Son políticas que, cuando el filólogo italiano se instala en la Argentina, estaban adquiriendo dimensiones dramáticas: se calcula que fueron unos siete mil seiscientos los judíos italianos (incluyendo los territorios controlados por Italia en los Balcanes y el Egeo) asesinados en los campos de exterminio. Cfr. <https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/italy>

5 Importante revista fundada en 1873 por otro de los grandes lingüistas italianos de confesión hebrea, Graziadio Isaia Ascoli, que Terracini empieza a dirigir a partir de su regreso a Italia.

Cesare Segre, Maria Corti, Bice Mortara, Marziano Guglielminetti o Gian Luigi Beccaria.⁶

«El concepto de libertad lingüística» puede ser leído también como un texto de pasaje hacia un campo de indagación, el de los estudios estilísticos, que Terracini pondrá desde su estadía en la Argentina en el centro de sus intereses de investigación. Si bien la noción de *estilo* había sido un objeto habitual en la reflexión retórica desde la antigüedad, la estilística como campo de estudios comienza a configurarse como tal solo a comienzos del siglo xx, precisamente en los años en que Terracini completaba su formación en estudios filológicos y lingüísticos. En 1909, el lingüista suizo Charles Bally, discípulo dilecto de Ferdinand de Saussure, planteaba en su *Traité de stylistique française* el espacio de la estilística como el del estudio del aspecto afectivo del lenguaje, lo cual suponía plantear la pregunta por el lugar del proceso de configuración concreta de los enunciados y —algo que está en el eje de muchas reflexiones actuales sobre la relación entre lenguaje, sociedad y política— por la *subjetividad*. En esos mismos años, desde presupuestos teóricos diferentes de los de Bally, el alemán Karl Vossler pensaba la estilística más bien como el estudio de los procesos creativos lingüísticos asociados con la acción del individuo en textos como *Positivismo e idealismo en la ciencia del lenguaje*.⁷

A partir de Vossler, se pueden plantear ciertas confluencias entre estudios lingüísticos y estudios literarios que algunas tradiciones académicas, entre ellas la italiana, mantenían hacia 1940 rigurosamente separados (Lucchini, 2019). Es un dato importante, en la medida en que la estilística, según la concibe Terracini desde su residencia en nuestro país, puede ser entendida no exactamente como una disciplina sino como un campo de trabajo: un campo

6 E incluso, de manera indirecta, Umberto Eco, alumno en la Universidad de Turín (carrera de Filosofía) en los años cincuenta, cuando Terracini ejercía allí su cargo de profesor de Lingüística.

7 Para una reconstrucción histórica de la estilística, cfr., entre las muchas contribuciones que existen al respecto Segre (1985), Adam (1997), Mengaldo (2001), Stefanelli (2017).

que permite pensar las continuidades entre intereses lingüísticos e intereses relacionados con los estudios literarios. Ambos espacios no son percibidos ya como campos separados y autónomos sino como áreas que confluyen en la medida en que se plantea en ellos una interrogación por el lenguaje y —algo que la estilística en la que se inscribe Terracini ubica en un lugar determinante— por la *subjetividad* como configuración histórica. Precisamente, es en el énfasis en el *acontecimiento* del lenguaje, concebido como actividad, y en el lugar constitutivo que en ese proceso asume el sujeto como persona histórica⁸ donde radica el alcance cultural (y también político) de las elaboraciones teóricas que Terracini plantea en la Argentina y que proyectará en su trabajo posterior.

«EFECTO AUERBACH», «EFECTO SPITZER», «EFECTO ALONSO»

Se ha hablado de un «efecto Auerbach» para dar cuenta del cambio del perfil de los estudios sobre el lenguaje que Terracini experimenta en la Argentina. Lo ha hecho Cesare Segre, uno de sus más notorios alumnos y una figura crucial en los estudios filológicos italianos contemporáneos, en uno de los artículos que dedica a su maestro (Segre, 1989). En él, Segre plantea una analogía entre la carencia de medios y de recursos que estaría en la base de uno de los proyectos críticos más potentes del siglo xx, *Mimesis* de Erich Auerbach. Habría una conexión entre el aislamiento intelectual de Auerbach en Estambul, donde se había exiliado en 1936 —luego de su expulsión del sistema universitario alemán por su condición judía— y la supuesta falta de medios con la que Terracini se habría enfrentado en nuestro país, con un «auditorio que carecía de una buena

8 El concepto de «persona histórica» había sido planteado por Terracini en un artículo de 1938 (el mismo año, notemos, de la sanción de las llamadas «leyes raciales» en Italia): «Semantica evolutiva e la persona storica dell'individuo linguistico», publicado en las Actas del IV Congreso Internacional de Lingüística que tuvo lugar en Copenhague.

formación literaria y de conocimientos suficientes en el ámbito de las lenguas clásicas» (Lucchini, 2019: 114). Es esa carencia lo que, desde esta perspectiva, permitiría explicar el pase progresivo de los intereses de Terracini hacia cuestiones ligadas más con la estilística que con la lingüista histórica tal como la había practicado en Italia, y el pasaje paralelo y estrechamente conectado con el anterior de una reflexión que se concentraba en las textualidades medievales a otra en la que lo contemporáneo era objeto privilegiado.

Sin embargo, en un testimonio precioso para pensar el lugar de Terracini en nuestro país, la carta a su alumna Maria Corti del 26 de diciembre de 1945, el filólogo italiano no habla tanto de las carencias del medio argentino, sino más bien de las diferencias en el modo de encarar los estudios:

Quando, un día nos volvamos a ver haré como Renzo en la última página de *Los Novios* y le diré: «América me ha enseñado esto y aquello, etc., etc.» No le niego que ha sido necesario cierto esfuerzo y cierta energía para adaptarme al nuevo ambiente y a las mucho más restringidas posibilidades de trabajo que aquí me ofrecían: todo es tan diferente acá, y los estudios son tanto más superficiales que entre nosotros.... Pero prepárese para encontrar un profesor un poco renovado, con fuertes tendencias literarias: he terminado hace poco un largo estudio crítico–estilístico sobre los relatos de Pirandello. A pesar de que en Buenos Aires exista un instituto de filología románica, excelente bajo todos los aspectos que ha sido mi salvación por su biblioteca y su revista, aquí me siento un poco aislado: el único colega con el que cual mantengo correspondencia activa es Spitzer, que enseña en la universidad de Baltimore.⁹

Terracini no ve exactamente una falta de formación, sino una formación «superficial». No es algo menor, en la medida en que la estilística opera, fundamentalmente, sobre fenómenos discursivos

9 Traduzco a partir de la reproducción de la carta que puede leerse en Lucchini (2019: 195–6).

que se materializan, precisamente, en superficies textuales, y se hace la pregunta no por los «orígenes» lingüísticos que están en la base del texto y que una buena formación «clásica» detectaría más o menos fácilmente, sino por la subjetividad que en ese texto singular se plasma. La carta señala una diferencia —más que la carencia— de formación con la que Terracini debió enfrentarse y desde la que debió en gran parte reconstruirse. Además, se refiere muy elogiosamente al Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, por entonces, después del cierre forzado del centro de estudios históricos que había dirigido Menéndez Pidal en Madrid (y en el que el propio Alonso se había formado), el más prestigioso de los espacios de estudios de lingüística y literatura en lengua española.¹⁰

En relación con el Instituto de Filología y con la atmósfera cultural no estrictamente nacional del que este participa, en el ambiente argentino operaban en ese momento algunas de las voces más felices de la filología en lengua española (Pedro Henríquez Ureña, los hermanos Lida, Ángel Rosenblat, Ángel Battistessa, Ana María Barrenechea), muchos de ellos, como es el caso de María Rosa Lida, con un sólido interés, en absoluto excluyente, por los estudios clásicos.¹¹ En esos mismos años, en Mendoza, el catalán Joan Corominas, figura clave de los estudios etimológicos españoles, exiliado en nuestro país por su militancia republicana después del triunfo de Franco, organizaba el Instituto de Lingüística de la Universidad de Cuyo. En la propia Universidad de Tucumán, la acción entonces reciente en la Facultad de Filosofía y Letras, que había sido fundada en 1936, de intelectuales como el filósofo Manuel García Morente, el lingüista Clemente Hernando Balmori o el pedagogo Lorenzo Luzuriaga, todos ellos españoles en el exilio, indican que Terracini no se movía en absoluto en la Argentina en un «páramo cultural». Lo indican también las publicaciones que asume en esos años la universi-

¹⁰ Para el epistolario entre Amado Alonso y Benvenuto Terracini, cfr. Lore Terracini (1996).

¹¹ Sobre Amado Alonso y el Instituto de Filología en los años en que Terracini reside en la Argentina, cfr., entre otros estudios, Arnoux y Bein (1996), Toscano y García (2013), Lida (2019).

dad del norte argentino. Incluso, en la misma serie en que Terracini publica dos primeros libros argentinos, ambos de edición tucumana (*¿Qué es la lingüística?*, de 1942, y *Perfiles de lingüistas*, de 1946), ven la luz textos que muestran cierta afinidad con los suyos de jóvenes estudiosos de letras como Raimundo Lida o Enrique Anderson Imbert —que adscriben por entonces a la estilística— o de sus compañeros de exilio Rodolfo Mondolfo y Renato Treves.

Este último —como Terracini, refugiado en Tucumán luego de la sanción de la legislación racial italiana— recuerda que «de su estadía en la Argentina, Benvenuto obtuvo también estímulos para la investigación y útiles enseñanzas, como él mismo lo quiso reconocer varias veces» (Treves, 1989: 184). En un sentido similar, la sobrina de Benvenuto, Lore Terracini (1989: 186), que vivió el exilio tucumano en paralelo al de su tío y que de regreso a Italia sería una de las grandes hispanistas de ese país, afirma que «sin duda, la Argentina, en la primera larga residencia de los años cuarenta, fue para Benvenuto un estímulo cultural», aun cuando en la misma frase reponga el «síndrome Auerbach» del que hablaba Segre. Es probable, si se tiene en cuenta un panorama más complejo como el que aquí tan solo esbozamos, que la «reconstrucción» de Terracini como estudio de los fenómenos lingüísticos y literarios que experimentó en la Argentina no se relacionara tanto (o, al menos, no se relacione tan solo) con una situación de «carencia», sino también con lo que ese campo propiciaba. No tanto *falta*, sino más bien *potencia estilística*, asociada con los estímulos intelectuales que una situación como la de la Argentina de esos años brindaba.

En su trabajo sobre la conformación del campo de las literaturas comparadas, la estudiosa Emily Apter (2006) diferencia la actitud en Estambul de Auerbach, menos abierto al parecer al estudio de la cultura islámica y del corpus textual de las literaturas orientales, de la de su antecesor en la antigua capital del Imperio Otomano, el austríaco Leo Spitzer. Éste, que había llegado a Estambul en 1933, antes que su colega alemán, como demuestra Apter, emprendió durante su exilio en la ciudad estudios de turco y se preocupó por

propiciar investigaciones en el ámbito de la literatura y la lengua local entre sus estudiantes locales. Análogamente, en el centro de manuscritos de la Universidad de Pavía fundado por Maria Corti se conservan entre los materiales de Terracini apuntes para el estudio de la lengua quechua, que al parecer había empezado a indagar con la guía del español Clemente Hernando Balmori, profesor también por entonces en Tucumán. En esta misma línea, hay testimonios del interés de Terracini por el desarrollo de líneas de trabajo que trabajaran con las lenguas americanas presentes en el noroeste argentino, fundamentalmente con el quechua (Ardissonne, 1955: 110). Podríamos ver operando así en estos gestos de Terracini un «efecto Spitzer» (y es notable que sea precisamente el austríaco el único colega con el que Terracini dice mantener una relación epistolar fluida en sus años tucumanos¹²), es decir, un efecto que se traduce en cierto interés y cierta apertura hacia el estudio de las lenguas y las culturas no europeas.

Con todo, además de estos «efectos» ligados con ilustres nombres de la filología románica centroeuropea, podríamos pensar en otro efecto. Un efecto estilístico, una «atmósfera» de consolidación y de expansión de un campo de estudio que coincide, en parte, con la estadía de Terracini en nuestro país. Podemos pensar que hay un «efecto Alonso» que trabaja desde adentro en la obra del filólogo italiano.

El primer volumen de la Colección de Estudios Estilísticos del Instituto de Filología, publicado en 1932, incluía por cierto artículos fundacionales para el desarrollo del campo en ámbito de lengua castellana de Vossler, de Spitzer y de Helmut Hatzfeld. En los años posteriores, la colección del Instituto agregaría otros títulos importantes para la conformación de un espacio de reflexión estilística, entre ellos la compilación *El impresionismo en el lenguaje*, de 1936, y *La enumeración caótica en la poesía moderna*, de Spitzer, de 1945. Además, Alonso había proyectado la publicación de varios títulos que

12. Algunos fragmentos del epistolario entre Terracini y Spitzer se reproducen en Lucchini (2019).

participan de la «atmósfera estilística»; títulos que Terracini seguirá citando en esas versiones en castellano no únicamente en su producción argentina, sino también en sus grandes estudios estilísticos escritos y publicados luego de su regreso a Italia.¹³

TRABAJOS DE ARCHIVO

En «El concepto de libertad lingüística» la atención a textualidades y prácticas estéticas contemporáneas es también notoria. Además de a clásicos italianos y españoles (Lope, Manzoni, Dante), se alude en el artículo a Pirandello, a las vanguardias históricas (en especial al futurismo de Marinetti que había insistido en las «palabras en libertad»), a la poesía hermética italiana, y se cierra con unas palabras del poeta Giuseppe Ungaretti (a quien Terracini, en un lapsus, llama erróneamente «Luigi», el nombre de pila de Pirandello, a quien también alude en el texto y en el que había concentrado, como dijimos, gran parte de su atención crítica). Se analizan además con cierto detalle fragmentos del español Gabriel Miró, hoy ciertamente no demasiado frecuentado, pero por entonces considerado un autor significativo en el ámbito de la prosa modernista, una zona trabajada especial-

¹³ Entre estos títulos de Losada —donde Alonso publica la primera traducción al castellano de un texto capital como el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure en 1945— se destacan *El lenguaje y la vida*, de Bally (1941) y una serie de artículos fundamentales de Vossler agrupados con el título *Filosofía del Lenguaje*, traducidos por Alonso y Raimundo Lida, de 1940. En ese mismo año, 1940, Alonso publica —también en Losada— la que puede considerarse como su obra magna en el campo de los estudios literarios: *Poesía y estilo de Pablo Neruda*. Allí, Alonso asume como objeto una textualidad estrictamente contemporánea —la de un Neruda que todavía no había publicado el consagratorio *Canto general*— del mismo modo que, en su período argentino, hará Terracini con la prosa narrativa de Pirandello (Cfr. Terracini, «Al margen de los cuentos de Pirandello», publicado en la revista *Ínsula* de Buenos Aires entre 1944 y 1945). Es una primera versión del artículo sobre los relatos de Pirandello incluido en el último libro publicado en vida por Terracini, *Análisis estilística*, de 1966, artículo considerado por Lucchini (2019) como la obra maestra del autor en el ámbito de la crítica. Para las dimensiones de la filología latinoamericana, que, como se apreciará, juzgamos como importante en los desarrollos de Terracini, ver Ennis y Pfänder (2013), Link (2015) y Mondragón (2019), entre otros.

mente por Amado Alonso y sus discípulos en la Argentina.

Estas referencias a la producción literaria se articulan con las operaciones teóricas con las que Terracini revisa el archivo de los estudios lingüísticos; revisión de la que surge uno de sus principales trabajos del período argentino, pensado como una introducción histórica a las teorías del lenguaje: *Perfiles de lingüistas*, publicado por la Universidad de Tucumán en 1946.¹⁴

Las huellas de este trabajo de revisión histórica, y al mismo tiempo teórica, emprendido por Terracini se plasman en «El concepto de libertad lingüística» en dos nombres que los lectores encontrarán en el texto y que son especialmente significativos para la teoría de la actividad lingüística como fenómeno articulado al mismo tiempo con la historia y con la libertad del sujeto que plantea Terracini: el del alemán Wilhelm von Humboldt (1767 – 1835) y el del italiano Giambattista Vico (1668 – 1744).

La noción humboldtiana que Terracini retoma en el artículo es la de «forma interior» del lenguaje, concepto que el lector argentino podía encontrar en los trabajos de Amado Alonso (por ejemplo, sobre el habla del gacho) y que se desarrolla con mayor profundidad en *Lingua libera e libertà linguistica*, donde se entiende el concepto como «unicidad de un estado de ánimo expresada a través de una particularísima visión formal de la realidad» (Terracini, 1970: 53). De ahí Terracini llega al concepto de «tono», presente también en el texto que presentamos, por el cual

el sujeto se siente en todo momento en una particular posición hacia la realidad y hacia sus semejantes, o bien totalmente fundido en ella, o bien contemplándola como estando por fuera de ella, o bien buscando penetrarla como en camino a descubrirla, o bien anulándose a sí mismo. (Terracini, 1970: 34)

14 Publicado en versión ampliada, luego del regreso de Terracini a Italia, con el título *Guida allo studio della linguistica storica*, Roma, Edizione dell'Ateneo, 1949, el mismo año en que ve la luz en castellano el artículo que aquí presentamos.

En todo caso, el acto lingüístico implica formas «infinitas» de subjetivación y objetivación. No *todo sujeto* ni *todo objeto*, sino una oscilación permanente entre ambos, en un proceso en el que interviene la alteridad en forma del otro que escucha o lee, pero también la forma no personal de la historia o del archivo. De ahí que, a partir de Humboldt, Terracini llegue a pensar la lengua como actividad, lo cual implica concebirla como espacio de diálogo con los otros, pero también como conflicto.

El rescate de Humboldt que propone Terracini participa de un cierto espíritu de época. El pensador alemán había sido retomado, entre otros, por Vossler como el antecedente más claro de la estilística idealista. Pocos años después de la publicación del artículo de Terracini, el lingüista rumano Eugenio Coseriu, también en ámbito sudamericano (en Montevideo, donde reside durante toda la década del 50), insistirá en una concepción de lenguaje como *actividad*, cuya deuda con Humboldt él mismo explicita en artículos fundamentales para la lingüística del siglo xx, como «Sistema, norma y habla», de 1952.¹⁵

Junto con Humboldt, la otra gran referencia que retoma Terracini en su conferencia es el pensamiento filológico de Giambattista Vico, el filósofo napolitano del siglo xviii autor de los *Principios de la ciencia nueva*. En Italia, la concepción de conocimiento filológico de Vico había sido objeto de reivindicación por parte de los dos grandes pensadores del idealismo italiano de la primera mitad del siglo xx: Benedetto Croce y Giovanni Gentile.¹⁶ Es fundamentalmente con

15 Publicado por primera vez en la *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, Montevideo, ix, 1952, pp. 113–177. Las relaciones entre las concepciones del lenguaje como actividad en Terracini y en Coseriu desarrolladas en ámbito sudamericano han sido estudiadas en Venier (2012).

16 Poco antes de la llegada de Terracini a la Argentina, en el ámbito latinoamericano, la obra de Vico era objeto de cierta atención. En Buenos Aires, la Facultad de Filosofía y Letras había publicado en 1939 la traducción a cargo de Jacinto Cuccaro de *Sabiduría primitiva de los italianos*, donde Vico desarrolla una de las ideas centrales de su concepción de filología como ciencia integral de la cultura: la de que lo verdadero corresponde a aquello que el hombre ha construido, el *verum ipsum factum*. Por su parte, y ya con mayor alcance continental, en 1941, cuando Terracini

el aporte de estos pensadores como se va planteando una «vuelta» a Vico y a Humboldt (que anticipa los regresos que años más tarde intentarán imponer el estructuralismo y la semiótica: hacia Marx, hacia Saussure, hacia Freud, hacia Peirce) que implica una renovación y un despeje de los horizontes, sobre todo en relación con las visiones que expulsan de manera explícita la cuestión de la actividad de la lingüística y que carecen de una concepción del lenguaje en términos de subjetividad.

Es una subjetividad que Terracini piensa en diálogo con una concepción de la lengua como institución. La lengua como institución —una idea potente en lingüistas italianos contemporáneos de Terracini como Giacomo Devoto y uno de los aspectos en los que había insistido el Saussure del *Cours* (De Palo, 2016)— supone para Terracini concebirla a la vez como producto colectivo y como actividad del hablante. Es, al mismo tiempo, *transmisión* (del lado de lo colectivo) y *expresión* (del lado de la actividad). De ahí la importancia que en estos desarrollos de Terracini asume el concepto de «persona histórica», por la que el hablante es «un individuo histórico en cuanto resultado de un perpetuo equilibrio o relación entre interioridad y sociabilidad» (Beccaria, 1989: 5).

Frente a la lengua experimentada como «prisión», Terracini enfatiza ya desde el comienzo de este texto la idea de la lengua como gesto, como ritmo, como instancia de evocación, como lugar de ambigüedad y como espacio de la libertad. Todo ello se resume en la noción de *actividad* que lleva al hablante (sobre todo, en el ámbito de la escritura, que parece ser el que se privilegia) a superar los fórceps del esquema normativo. Con todo, y esto es un elemento fundamental para comprender la posición historicista de Terracini, la libertad no puede existir sino en la medida en que el hablante percibe la

llega a la Argentina, el Colegio de México, junto con el Fondo de Cultura Económica, edita la traducción íntegra al castellano de la *Ciencia nueva*, a cargo del exiliado español José Carner. En 1948, ya en pleno peronismo, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires publica incluso un volumen conmemorativo dedicado a Vico y a Herder (cfr. Bentivegna, 2019).

acción de esquemas normativos más o menos rígidos, constituidos históricamente. Por eso, en relación con este proceso de liberación, funciona en Terracini la voluntad de recuperar la dimensión colectiva, el sentido emocional de las palabras y su encarnación histórica no estrictamente personal sino más bien colectiva.

Es una concepción que está operando en los planteos de Terracini y de los autores que siente afines, sobre todo, en Spitzer y su proyecto de llevar adelante una semántica histórica. El proyecto filológico que enarbolan paralelamente ambos teóricos enfatiza no tanto la idea de etimología como origen, que está presente por ejemplo en el proyecto heideggeriano y en su escucha de los orígenes greco-germánicos, sino más bien los procesos culturales en los que existe la palabra y en las luchas y en tensiones (en el elemento agónico, en palabras de Terracini) en que se materializa su historia. No se trata, pues, de determinar un sentido *originario*, *primero* y *determinante*, sino de explorar, *auscultar*, la palabra como espacio de diálogo y de lucha, en un gesto que, por cierto, en los mismos años del exilio americano de Spitzer y Terracini, emprendía a su modo Bajtín en el marco de las purgas y las represiones stalinistas en la Unión Soviética.¹⁷

MODULACIONES DE LA LIBERTAD

Desde su propio título, la conferencia que presentamos es también un modo de acentuar las relaciones entre lenguaje y política, relaciones que durante el peronismo se habían exacerbado (Glozman, 2015; Bentivegna, 2019). Notemos la insistencia del texto en un léxico claramente político. Habla, en efecto de *libertad*, de *tiranía*, de *anarquía* lingüísticas, como si el espacio de la acción política fuera el más adecuado para pensar el de la actividad de lenguaje. En este punto, es importante recordar que el concepto de «libertad» aparece como una noción crucial en los desarrollos de compañeros de ruta

¹⁷ Algunos apuntes sobre estilística y enseñanza de la lengua de Bajtín fechados en los años 40 han sido recientemente publicados en portugués (cfr. Bajtín, 2013).

en el exilio argentino de Terracini.

Especialmente significativo es el aporte de Renato Treves en el libro *Benedetto Croce, filósofo de la libertad*, que publica en 1944 la editorial Imán (la misma que editará, años más tarde, *Conflictos de lengua y de cultura*). Treves, mucho más joven que Terracini (había nacido en 1907, también en Turín), era en ese momento docente de la misma Universidad de Tucumán, y en sus ensayos hay sin duda una operación generacional, con el cierre dedicado a los teóricos del «socialismo liberal» (Piero Gobetti, los hermanos Rosselli). Con ese término designaba a una porción de ideales socialistas y democráticos de la cultura de la resistencia contra el fascismo que por entonces (estamos en 1944) había desembocado en la lucha armada.

El historicismo absoluto que propugna Croce, y que llega por diferentes vías a los planteos sobre lengua y subjetividad en Terracini, se opone a las posiciones que enfatizan sea el determinismo, sea el libre albedrío. Ambas posiciones ven momentos parciales de un acto que es en rigor más complejo, más huidizo, el acto de lenguaje, por el que un enunciado tiene lugar: por el que acontece, no totalmente libre, pero tampoco absolutamente predeterminado. Un acto que, como dirá mucho más tarde Michel Foucault en *La arqueología del saber* — publicado en 1969, un año después de la muerte de Terracini— aparece signado por la regularidad, que cae del lado del determinismo, pero también por el enrarecimiento, algo del orden de lo singular y de lo irreductible a esquemas prefijados, que cae del lado de la libertad.

Es posible, en todo caso, a partir por ejemplo de una revisión crítica de los postulados del idealismo en su versión croceana, pensar lazos entre las discusiones que Terracini planteaba en el modelo del siglo XIX y otras discusiones contemporáneas que evidencian más claramente las relaciones entre lenguaje y política, es decir, las relaciones *glotopolíticas*¹⁸.

Sin duda, una de las posiciones más potentes que planteaba por

18 «Consideramos la glotopolítica como el estudio de las intervenciones en el espacio público del lenguaje y de las ideologías lingüísticas que activan y sobre las que inciden, asociándolas con

entonces una articulación entre lenguaje, historia y política sea la elaborada por Antonio Gramsci, cuyas relaciones con Terracini no deberían ser de ninguna manera subvaloradas.¹⁹ Cuando Terracini vuelve a Italia en 1947, está en pleno proceso de publicación el corpus textual de los cuadernos de la cárcel y de las cartas de Gramsci. Precisamente, en la nota necrológica dedicada a su maestro Matteo Bartoli (Terracini, 1948: 322), que había sido un simpatizante fervoroso del régimen de Mussolini, aflora el nombre de Gramsci y el recuerdo de su formación lingüística reavivado por la reciente edición de las *Cartas de la cárcel*. En esos mismos años de posguerra, concretamente en 1947, el crítico Giacomo Debenedetti —nacido, como Terracini, en un hogar judío de Piamonte y formado también en la Facultad de Letras de la Universidad de Turín— reflexiona, en las páginas del diario comunista *L'Unità*, sobre las implicancias éticas y políticas del pensamiento gramsciano. Estas se resumen en su condición de «filología viviente»: una inflexión filológica que, en la mirada de Debenedetti, remite al ambiente de reflexión lingüística de Turín (y concretamente, a la figura de Bartoli) en el que se formaron tanto Gramsci como Terracini.

Para Debenedetti, la filología como método en el que se forma Gramsci (y también, agregamos, Terracini) obliga a pensar todos los factores que componen al «hombre», los procesos moleculares que atraviesan lo humano, sin arrogarse el derecho de descartar ninguno. Por eso, el recorte del lenguaje que propone, aparentemente al menos (hoy la mirada sobre la cuestión es más complicada —cfr. De Palo, 2016—) Saussure, se revela para Terracini como una

posicionamientos dentro de las sociedades nacionales o en espacios más reducidos, como el local, o más amplio, como el regional o global» (Arnoux y Nothstein, 2018: 9).

19 En efecto, Gramsci, nacido en Cerdeña, vive su construcción intelectual y política en Turín, la ciudad de Terracini. Recordemos, por cierto, que la formación inicial de Gramsci se dio en el ámbito de la Facultad de Letras de la Universidad de Turín, en la que había estudiado, pocos años antes de su ingreso, el propio Terracini. Un dato más: Gramsci se orienta en esos años de formación hacia los estudios lingüísticos, y lo hace bajo la guía de Matteo Bartoli, que es justamente el director de la tesis de Terracini (cfr. Bentivegna, 2013).

restricción injustificada, a la que antepone visiones más complejas y dinámicas, como las de Humboldt. El eje, en todo caso, no pasa tanto por el sistema, sino más bien por las complejidades, no reducibles a una única dimensión de lo viviente.

En algunas aproximaciones contemporáneas, como la de la teórica francesa Marielle Macé (2016), el concepto de estilo es entendido como una plasmación de las relaciones entre lenguaje y vida, en el que la individuación surge en el diálogo y en el combate en un mismo espacio existencial. Esa cuestión de la vitalidad y de la lucha es algo importante en los caminos que emprende Terracini en sus trabajos argentinos, que pueden ponerse en diálogo con la idea de una busca permanente de la expresión que sostenía desde nuestro país el dominicano Pedro Henríquez Ureña.²⁰

Las modulaciones de la libertad implican, para Terracini, una reflexión en términos de una «lengua viva». Una lengua es tal en la medida en que se ponen en circulación los fenómenos lingüísticos asociados con los diferentes estratos sociales: hay circulación, para retomar el esquematismo espacial que funciona en Terracini, de arriba hacia abajo, pero también de los estratos populares hacia los «altos», «donde lo vulgar deja de ser vulgar y el modismo provinciano consigue derecho de ciudadanía sin limitaciones» (Terracini, 1951: 155).

En *Conflictos de lengua y de cultura*, Terracini afirma, y sintetiza en una frase, la cuestión de la subjetividad en el lenguaje: «El estilo es un problema de libertad idiomática» (Terracini, 1951: 143). Hay libertad, sostiene Terracini, en la medida en que el hablante opera en una articulación lingüística que no reduce a lo uno la multiplicidad y amplía sus horizontes en una busca que se plasma en una forma perceptible. Que se materializa en discurso. Al mismo tiempo, hay vitalidad en la medida en que la lengua funciona como el espacio

20 Afincado en la Argentina en los mismos años en que el filólogo italiano reside en Tucumán, profesor en la Universidad de Buenos Aires y en La Plata, Henríquez Ureña —que ha aludido alguna vez a sus orígenes judíos (cfr. Link, 2015, otro puente con nuestro autor)— muere en 1946, cuando Terracini se apresta a regresar a Italia.

de lucha y de conflicto de variedades y de tendencias; en la medida en que los sujetos se constituyen en ese espacio como entidades al mismo tiempo libres e históricas.

Es allí, en la concepción conflictiva de lenguaje y en la noción de sujeto como entidad histórica donde radica el potencial crítico (y político) de la reflexión de Terracini; potencial que el texto que aquí rescatamos resume de manera ejemplar, accesible, paradigmática.

Bibliografía

- ADAM, J. M.** (1997). *Le style dans la langue. Une reconception de la stylistique*. Délachaux et Niestlé.
- APTER, E.** (2006). «*Translatio globale. L'invention de la littérature comparée, Istanbul 1933*». *Littérature*, 144 (2006/4). Pp. 25–55.
- ARDISSONE, R.** (1955). *Aspectos de la glotogeografía argentina*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- ARNOUX, E. y BEIN, R.** (1996). «La valoración de Amado Alonso de la variedad rioplatense del español». *Cauce. Revista Internacional de Filología, Comunicación y sus didácticas*, nrs. 18–19. Pp. 183–194.
- ARNOUX, E. y NOTHSTEIN, S.** (eds.) (2018). *Temas de glotopolítica. Integración regional sudamericana y panhispanismo*. Biblos.
- BAJTÍN, M.** (2013). *Questões de estilística no ensino da língua*. Edición de Sheila Grillo y Ekaterina Vólkova Américo. Editora 34.
- BECCARIA, G. L.** (1989). «Terracini storico della lingua», en Elisabetta Soletti (ed.) *Benvenuto Terracini nel centenario della nascita*. Edizione del orso. Pp. 1–8.
- BENTIVEGNA, D.** (2013). «Un arcángel devastador: Gramsci, las lenguas, la hegemonía», en A. Gramsci, *Escritos sobre el lenguaje*, ed. de D. B. Eduntref. Pp. 11–50.
- BENTIVEGNA, D.** (2019). «Más allá del hispanismo: lingüistas y filólogos extranjeros en la Argentina peronista (1943–1955)». En Elvira Arnoux y Roberto Bein (eds.) *Ideologías lingüísticas. Legislación, Universidad, Medios*. Biblos. Pp. 85–125.
- BUCHBINDER, P.** (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Sudamericana.

- CORTI, M.** (1989). «L' uomo e il maestro». En Elisabetta Soletti (ed.), *Benvenuto Terracini nel centenario della nascita*. Edizione del orso . Pp. 9–14.
- CORTI, M.** (1996). «Introduzione» a Benvenuto Terracini, *Conflitti di lingua e di cultura*. Einaudi.
- DE PALO, M.** (2016). *Saussure e gli strutturalismi. Il soggetto parlante nel pensiero linguistico del novecento*. Carocci.
- ENNIS, J. y PFÄNDER, S.** (2013). *Lo criollo en cuestión. Filología e historia*. Katatay.
- GLOZMAN, MARA (2015)**. *Lengua y peronismo. Políticas y saberes lingüísticos en la Argentina*. Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- JARACH, V., y SOMLENSKY, E.** (2019). *Tantas voces. Italianos judíos en la Argentina (1938–1948)*. Eduvim.
- LIDA, M.** (2019). *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología (1927–1946)*. Universidad de Quilmes.
- LINK, D.** (2015). *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Eterna Cadencia.
- LUCCHINI, G.** (2019). *Tra linguística e stilística. Percorsi d' autore: Auerbach, Spitzer, Terracini*. Esedra.
- MENGALDO, P. V.** (2001). *Prima lezione di stilística*. Laterza.
- MONDRAGÓN, R.** (2019). *Un arte radical de la lectura. Constelaciones de la filología latinoamericana*. UNAM.
- NEIBURG, F.** (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza.
- SEGRE, C.** (1985). *Principios de análisis del texto literario*. Crítica.
- SEGRE, C.** (1989). «La letteratura: teoria e problemi», en Elisabetta Soletti (ed.), *Benvenuto Terracini nel centenario della nascita*. Edizione del orso. Pp. 127–136.
- STEFANELLI, D.** (2017). *Il problema dello stile fra linguística e critica letteraria. Positivismo e idealismo in Italia e in Germania*. Frank & Time.
- TERRACINI, B.** (1942). *¿Qué es la lingüística?* Universidad de Tucumán.
- TERRACINI, B.** (1946). *Perfiles de lingüistas. Contribución a la historia de la lingüística comparada*. Universidad de Tucumán.
- TERRACINI, B.** (1948). «Matteo Bartoli», en *Belfagor*, III. Pp. 315–325.
- TERRACINI, B.** (1949). «El concepto de libertad lingüística». *Cursos y Conferencias*, XVIII. Pp. 337–348.
- TERRACINI, B.** (1951). *Conflictos de lenguas y de cultura*. Imán.
- TERRACINI, B.** (1966). *Análisi stilística. Teoría, storia, problemi*. Feltrinelli.
- TERRACINI, B.** ([1963] 1970). *Lingua libera e libertà linguística*. Turín, Einaudi.

- TERRACINI, L.** (1989). «Benvenuto Terracini, il linguaggio privato», en Elisabetta Soletti (ed.) *Benvenuto Terracini nel centenario della nascita*. Edizione del orso. Pp. 185–189.
- TERRACINI, L.** (1996). «Relaciones entre Benvenuto Terracini y Amado Alonso». *Lexis*, vol. 20, nrs. 1–2. Pp. 43–62.
- TOSCANO Y GARCÍA, G.** (2013). «Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires», en *Filología*, n. 45. Pp. 143–72.
- TREVES, R.** (1944). *Benedetto Croce. Filósofo de la libertad*. Imán.
- TREVES, R.** (1989). «Gli anni a Tucumán», en Elisabetta Soletti (ed.), *Benvenuto Terracini nel centenario della nascita*. Edizione del orso. Pp. 181–184.
- VENIER, F.** (2012). *La corrente di Humboldt. Una lettura di La lingua franca di Hugo Schuchardt*. Carocci.

BENVENUTO TERRACINI EN FAMILIA²¹

BENEDETTO TERRACINI

En la familia se conserva un paquete de cartas manuscritas dirigidas a los padres y firmadas por Benvenuto (nacido en 1886) y mi propio padre (Alessandro, su hermano, nacido tres años más tarde). Son cartas fechadas en la última década del siglo XIX. En ese tiempo, el padre de los dos muchachos pasó largos períodos en el hospital, hasta que murió en 1899. Estos son los primeros escritos originales de Benvenuto Terracini: la letra manuscrita —que conservó durante toda la vida— es inclinada, simple, lineal (como se usaba entonces) y fácilmente legible. Siempre en sintonía con los tiempos, las cartas enviadas a sus madres son un poco más dulzonas («...no supe usar los buenos sentimientos que siempre me imprimes en el corazón», «las fatigas que padeciste para educarme y hacerme creer producen un ímpetu de reconocimiento que durará toda la vida», etc.). Recuerdan el tono de las cartas del niño Enrico a su padre en *Corazón*, de De Amicis.

Aun cuando ya adulto su estilo se volvió cada vez menos endulzado, Benvenuto mantuvo siempre una gran devoción y (justificado) reconocimiento por su madre. La abuela Eugenia enseñó a sus hijos la rectitud moral, una tradición judía no ortodoxa pero sólida,

21 Texto original escrito en italiano. Traducción de Diego Bentivegna para este libro.

la educación liberal. En su momento, ella alentó las aspiraciones académicas de los hijos, aun en contraste con parte de la familia, de tradición comercial. Cuando un pariente supo que Benvenuto quería dedicarse a la lingüística, intentó (afortunadamente en vano) disuadirlo, diciendo que en la vida importan los hechos mucho más que las palabras.

Los dos hermanos, Benvenuto y Alessandro, estuvieron siempre muy unidos, aunque eran de carácter muy distinto. Mi padre lamentaba la carencia de precisión de parte de los literatos (incluido su hermano). Benvenuto decía que la rama científica de su familia deseaba demasiada sistematicidad (aunque agregaba que «es necesario respetar la cabeza de los otros»).

Mi padre reconoció siempre que había aprendido mucho de su hermano mayor. De muchachos, Benvenuto, más adelantado en los estudios, le permitía a mi padre hacerle tres preguntas por noche. Sin embargo, en un gesto de astucia, aplazaba la respuesta para un momento futuro. Mi padre contaba que en cierto momento Benvenuto había acumulado un débito de más de mil respuestas en su beneficio.

Durante toda la vida, ambos fueron grandes lectores, preferentemente en lengua original. En *¿Qué es la lingüística?*, Benvenuto reconoce que —en cuanto al número de lenguas conocidas, y contrariamente a lo que se podría imaginar— incluso el mejor lingüista del mundo difícilmente podía derrotar a un buen camarero de un hotel internacional. No conocía el ruso y debió resignarse a leer a Tolstoi en francés. Sostenía que las francesas eran las mejores traducciones y deploraba que nosotros, sus sobrinos, leyésemos *La guerra y la paz* en italiano y en español (inducirnos a leer Thomas Mann en alemán estaba fuera de toda realidad). Aun en tiempos recientes, los dos hermanos, en Italia, eran abonados a la *Corte di Salomone*, revista mensual de acertijos de alto nivel: las criptografías mnemónicas eran una parte no indiferente de sus charlas.

Del período de la escuela superior (el Liceo italiano) y los primeros años de universidad de Benvenuto quedan en casa algunos poemas de temáticas variadas, sobre todo en celebración a amigos y

parientes, un hábito que conservó durante toda la vida, mezclando siempre afecto e ironía. En 1906 (aproximadamente) dedicó un poema al amigo Arturo, licenciado en jurisprudencia («...en el mundo quedan tantos bribones / y tú defenderlos sabrás con gloria / y quedará para los futuros tu memoria...»). Escribió también una pieza teatral semicómica, «La señora Profesora», que quedó sin publicar (al menos, según mi conocimiento). La historia se centra en el dilema de la elección por parte de una bella e inteligente jovencita entre la carrera académica y la misión de las mujeres de la casa. Con esto escrito, al menos en su *entourage*, el veinteañero Benvenuto se muestra consciente de las sofocantes imposiciones sobre las mujeres por parte de la sociedad machista. Sin embargo, en su relato la joven, al final, renuncia a sus veleidades universitarias y decide casarse con un buen joven (poco culto). No sé si Eva, la hija de Benvenuto, mi hermana Lore y las dos nietas, Eugenia y Lea, habrán leído «La Señora Profesora». Si lo hicieron, no me resulta difícil imaginar sus críticas. Con todo, puedo asegurar que, en edad madura, Benvenuto había adherido a los valores sociales y éticos de la paridad de género.

Benvenuto obtuvo su licenciatura en 1909 y al año siguiente logró un puesto de lector de italiano en Frankfurt, donde vivió aproximadamente dos años. Allí conoció a la mujer con la que se casaría, Lore Klonower. Lore tenía tres hermanas: Julchen, Ella y Jettchen, y un hermano, Max. Eran originarios de Dantzig (entonces parte de la Alemania imperial) y —por lo que sé— cuando Benvenuto conoció a la familia sus padres ya habían muerto. La hermana Ella murió antes de 1939. Julchen, Jettchen y Max murieron durante la Segunda Guerra Mundial, o en el gueto de Varsovia, o en las cámaras de gas. Junto a los hijos de Ella (que durante el nazismo lograron ocultar el hecho de que su madre, ya fallecida, era judía, y a quienes nunca conocí), yo soy de los pocos que recuerdan a la familia Klonower; de Jettchen y de su marido Karl quedan dos piedras recordatorias en Berlín.

Luego del matrimonio, Lore vino a vivir a Turín. Benvenuto y ella se amaron mucho y fueron felices cuando nació su hija, Eva, en 1914. Pero fue un matrimonio golpeado por una serie de sucesos

desgraciados. Con la participación de Italia en la Primera Guerra Mundial, Benvenuto partió hacia el frente. Debido su conocimiento de la lengua alemana, fue enviado (tal vez fue como voluntario) a la primera línea, a pocos metros del frente del ejército austríaco, en una estación de interceptación telefónica.

En la familia quedan algunas cartas desde el frente; a pesar de las circunstancias, transmiten una sensación de serenidad. El 2 de diciembre de 1916, Benvenuto escribe a su esposa:

En mi misma mesa, mi capitán, un hombrón grande con barba negra, escribe a su mujer, de la que no tiene carta desde hace nueve días; inclinó su cabeza entre las manos, no se daba cuenta de que yo lo estaba mirando, y me pareció que lloraba. Esto es la guerra [...]. Esta tarde hay un tiempo espléndido y frío... hacia la noche paseaba por atrás de la casa en... uno de los pocos lugares... donde se pueden hacer dos pasos, seguro de que ningún proyectil austríaco venga a visitarnos de manera inoportuna. El cielo era magnífico, había una porción de luna y yo, olvidando el ruido de nuestros camiones, que está noche están de mal humor, me olvidé de las bombas y de tantas otras cosas, fui para arriba y para abajo durante una hora, cantando siempre en mis adentros la canción de Eva. Esto es la paz.

En septiembre de 1917, Benvenuto fue herido en la cabeza por una granada austríaca. El texto que acompañaba la medalla de plata que recibió posteriormente decía: «gravemente herido, permaneció en su puesto hasta tarde en la noche y no se retiró hasta no haber visto cumplida la reactivación de la línea». En realidad, en la familia se contó siempre que Benvenuto fue llevado inconsciente y sangrando a lomo de mula al hospital militar (creo que Padua), donde fue operado. Mi diagnóstico, a posteriori, es de hematoma subdural. Por cierto, si la granada austríaca le hubiese caído en la cabeza un mes más tarde, durante la desastrosa retirada del ejército italiano en Caporetto, Benvenuto habría sido abandonado, inconsciente, en el campo de batalla. Fue dado de alta por el hospital militar y regresó a Turín hacia el final de 1917, donde se recuperó lentamente. Lore vivía

en Turín con la abuela Eugenia y Eva. Para la mujer, «ciudadana enemiga», con una niña pequeña y un marido inválido, sin contactos con sus hermanos en Alemania, no fue un período fácil, no obstante la solidaridad de la suegra.

En los años siguientes Benvenuto se recuperó. Durante toda la vida tuvo una ligera reingenua, pero ello no le impidió ser, en los años treinta, un pionero del esquí (esquí alpinismo, como se usaba entonces). En Tucumán, en las breves estadías en Villa Nougues, más de una vez participó de nuestras cabalgatas en el cerro Aconquija. En los años cincuenta, me enseñó a mí y a mis hermanos diferentes senderos (fáciles) por los Alpes del Valle de Aosta.

En 1921 Benvenuto retomó la vida académica. Pero el año siguiente, 1922, fue un año funesto para la familia a causa del diagnóstico de cáncer de su mujer (y para Italia, a causa de la llegada del fascismo). Lore murió en el verano de 1923, dejando un marido de treinta y siete años y una niña de nueve. Pocos meses más tarde mis padres se casaron. Se formaron así dos unidades familiares, que durante el siguiente medio siglo vivieron de una manera muy integrada: por un lado, un núcleo trigeneracional (la abuela Eugenia, Benvenuto y Eva); por el otro, la familia de Alessandro y Giulia (conmigo incluido). Mis hermanos y yo consideramos siempre a Eva como una hermana mayor. En Turín, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, y en Tucumán, vivíamos en casas pegadas. Cenábamos todos juntos cada viernes en lo de la abuela Eugenia y el sábado en nuestra casa (la abuela, judía observante, no quería encender el fuego de la cocina durante el *shabbat*).

Entre la muerte de la mujer (1923) y la expulsión de los profesores judíos de las universidades italianas (1938), las sedes de enseñanza universitaria de Benvenuto estuvieron fuera de Turín (en orden temporal, enseñó en las universidades de Cagliari, Padua y Milán). Viajaba mucho, pero cuidaba atentamente la educación de la hija, que permaneció en Turín con la abuela y con la familia de Alessandro.

En los años de Milán, Benvenuto pasaba los días centrales de la semana en una habitación que alquilaba cerca del Duomo y los fines

de semana, en Turín. Eva cumplía años el 12 de septiembre: para la ocasión, cada año Benvenuto escribía un cuento para la hija. Algunos de estos textos se conservaron: de las fábulas escritas para Eva niña a los relatos para Eva jovencita, todos caracterizados por una divertida ironía hacia sí mismo y también hacia el resto del mundo.

En el breve período de vida conyugal serena, Benvenuto y su mujer tradujeron al italiano *El rabino de Bacharach*, un relato no acabado que Heinrich Heine escribió en los años treinta del siglo XIX, luego de su conversión al cristianismo. Bacharach es una pequeña ciudad no lejos del Rin. La historia relata un típico episodio de agresión a los judíos a lo largo de los siglos: la leyenda del presunto «homicidio ritual» del niño cristiano en ocasión de la pascua hebrea. En el Seder de Pesach, dos forasteros son hospedados por la comunidad, según la tradición. Durante la lectura de la Haggadah, el rabino se da cuenta de que se trata de malintencionados, abandona el Seder y huye con la bella mujer. En la noche de luna llena llegan al Rin y desde allí un balseiro los conduce al gueto de Frankfurt, descrito de un modo muy pintoresco.

Esta primera traducción italiana fue impresa por la casa editorial Israel de Florencia en veinte ejemplares en papel a mano y otros novecientos ochenta numerados. Salió en 1925, póstumo en el caso de su mujer, Lore, y se le atribuyó la traducción tan solo a ella. En Tucumán, Benvenuto y Lore, mi hermana, tradujeron el texto al castellano. Fue publicado por entregas hacia 1943 en la revista *Amanecer* de Montevideo. Conservo la versión mecanografiada con correcciones de mano de mi hermana, que en esos tiempos tenía todavía una letra infantil, pero que conocía el castellano mejor que Benvenuto. Hay una bella introducción de Benvenuto escrita hacia 1942, en la que relaciona el trágico presentimiento que exuda en las páginas de Heine con los primeros rumores que llegan sobre las masacres a los judíos en Europa.

Al menos en familia, Benvenuto mantuvo su vena poética. Para el cumpleaños de sus sobrinos (es decir, de mis hermanos y mío), escribía un poema en honor al festejado. No conservé los que me

dedicó a mí, pero recuerdo bien uno, escrito cuando empecé a estudiar medicina, simple pero lleno de afecto («en la trompa de Falopio se oyó una gran explosión / y salió bello y despierto mi querido Benedetto»). Más profundos eran los que escribió para mi hermana Lore, con la cual existía un *transfert* cultural mucho mayor: mi hermana llevaba el nombre de la mujer de Benvenuto, y además, «de grande», bajo la enseñanza de su tío, se convirtió en una de las mejores hispanistas italianas de la posguerra. Esos poemas para Lore, desde 1939 a 1967, se conservan en el Archivo de las tradiciones judías en la comunidad judía de Turín que lleva el nombre de Benvenuto y de mi padre (<http://www.archivoterracini.it/index.php>).

El 6 de agosto de 1939, mi hermana Lore cumplió catorce años, pocos días antes de la partida hacia la Argentina de mi familia (de Alessandro) en el transatlántico *Augustus*. El poema de Benvenuto para la ocasión quedó como histórico para la familia. La primera y la última estrofa eran:

Quando sobre el *Augustus* atraveses el ecuador
Quando entre cantos y danzas, entre los humos y el buen vino
Sonríe al emigrante su nuevo destino
Recuerda, mi Lore, nuestro seis de agosto.
[...]
Cómo, dónde, no lo sé, pero me lo dice el corazón
Y las esperanzas del corazón no deben quedar jamás vacías
A nosotros que, para esperarte, tenemos los brazos ya abiertos
Regresarás, mi Lore, para nuestro seis de agosto.

Las cosas evolucionaron después de un modo diferente. Fuimos nosotros, la familia de Alessandro, quienes recibimos con brazos abiertos a Benvenuto, la abuela y Eva en Tucumán en julio de 1941. Habían atravesado el Atlántico en un viaje más complicado del que hicimos nosotros dos años antes. Mientras en Europa avanzaba la guerra, los únicos contactos marítimos existentes con Sudamérica eran españoles: para llegar a sus puertos, era necesario un largo

viaje en tren a través de la llamada Francia de Vichy, todavía no ocupada por los alemanes. El *Cabo de Hornos*, el piróscrafo con el cual habían viajado de Bilbao a Buenos Aires, estaba lleno de judíos prófugos provenientes de Alemania y de Europa oriental (los primeros judíos inmigrados a España desde 1492). En mi memoria, este flujo de prófugos hacia Sudamérica duró hasta avanzado 1942. Debe reconocerse al dictador Franco no haber cedido nunca a las presiones de Hitler para que pusiera en marcha acciones antisemitas.

Benvenuto, la abuela y Eva encontraron un departamento en la planta baja frente a nuestra casa. En el mismo edificio vivía un exgobernador de la provincia de Tucumán, Nougués, persona muy importante de la aristocracia local. Durante el verano tropical eran frecuentes los fuertes temporales y el granizo («las piedras», en la lengua local): los drenajes de nuestra calle no eran muy eficientes, los anegamientos eran frecuentes de modo que Benvenuto y el exgobernador se hicieron amigos a fuerza de quitar el agua del portal que compartían.

En Tucumán, Benvenuto encontró un ambiente muy acogedor. En los primeros años de la década del cuarenta, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad era particularmente brillante: desde España, habían llegado los exiliados antifranquistas Lorenzo Luzuriaga, pedagogo, y Hernando Balmori, literato. Ya ellos habían atraído jóvenes profesores argentinos valiosos, particularmente abiertos y con deseos de aprovechar el aporte que podía ofrecer a su país la emigración intelectual que provenía de Europa. Desde el comienzo, Benvenuto tuvo gran éxito entre los jóvenes estudiantes de letras y de filosofía de la Facultad. Su primera alumna tucumana, María Delia Paladini, describe su fascinante modo de enseñanza:

«...nos deslumbraba... el malabarismo con que formas y significaciones, raíces y desinencias, declinaciones y conjugaciones, lenguas y dialectos, saltaban del sánscrito al griego y al latín, de Dacia a Lusitania de Sicilia a Retia, por la destreza de un erudito profesor a quien nunca vimos vacilar en el caótico orbe lingüístico románico, medieval o moderno; pero que

nunca logró orientarse entre el pizarrón, la tiza, el borrador y los textos y papeles sin la socorrida asistencia de una alumna que repartía su atención entre la Romania y el aquí y el ahora de un dinámico y distraído profesor, y que mientras trataba de apresar complejos históricos culturales no debía perder la ubicación de unos anteojos que se empecinaban siempre en hacerse invisibles para su dueño» (Paladini, Maria Delia: «Los años tucumanos de Benvenuto Terracini», *Archivio Glottologico Italiano*, volume LIII, 1968 pp.201–207, Firenze, Casa Editrice Le Monnier).

Lamentablemente, a partir del golpe de estado del 4 de junio de 1943, por sus actitudes liberales, la misma Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán fue blanco de comisariados gubernamentales e intervenciones políticas. Una mañana —hacia 1945— en *La Gaceta* de Tucumán, Benvenuto leyó que su contrato con la Universidad había sido rescindido. La interrupción duró pocos días, pero dejó una sensación de inseguridad.

La situación política argentina favoreció la decisión de volver a Europa, no sin discusiones en la familia tanto por las estrecheces económicas en la Italia de entonces como por la amenaza de una tercera guerra mundial. Mi padre no poseía los medios para pagar el traslado para él y su familia y tuvo que esperar una iniciativa del gobierno italiano para financiar el viaje, que finalmente sucedió a fines de 1947. Benvenuto, la abuela y Eva eran económicamente más autónomos y habían decidido regresar a Italia en febrero de aquel año.

Para Benvenuto, la decisión de volver estaba fundada también por su padecimiento por la restricción de instrumentos de estudio a su disposición en Tucumán, no compensada por los ocasionales contactos con las ricas instituciones culturales de Buenos Aires. Pero mientras tanto Eva, que se había trasladado a Buenos Aires, había recibido, con interés, una propuesta de matrimonio de un joven judío alemán apórida. Eva no quería de ningún modo que su padre renunciase a sus intenciones laborales, de modo que le informó cuando los trámites para el regreso de Benvenuto ya no podían volver atrás.

De este modo, Benvenuto, Eva y la abuela volvieron a Italia, pero pocos meses después Eva regresó, para casarse en Buenos Aires. El impacto de esta decisión de su única hija fue determinante para el estilo de vida de Benvenuto en sus últimas dos décadas de existencia. Se adaptó a tener un brevísimo verano. Desde 1949, cada año, a fines de junio, se trasladaba a Buenos Aires, y regresaba a Turín en octubre. Los primeros años iba en barco y volvía en avión. Más adelante, dejó de viajar en barco. Luego de haber dejado la enseñanza (hacia 1957), la división de su tiempo entre las dos orillas del Atlántico se hizo más elástica. Benvenuto no fue jamás un entusiasta de los viajes en avión. En una carta a María Corti describe el vuelo sobre el Atlántico como «rápido ... pero aburridísimo y lleno de los mismos problemas logísticos que deben enfrentar las sardinas para estirarse cómodamente dentro de sus latas».

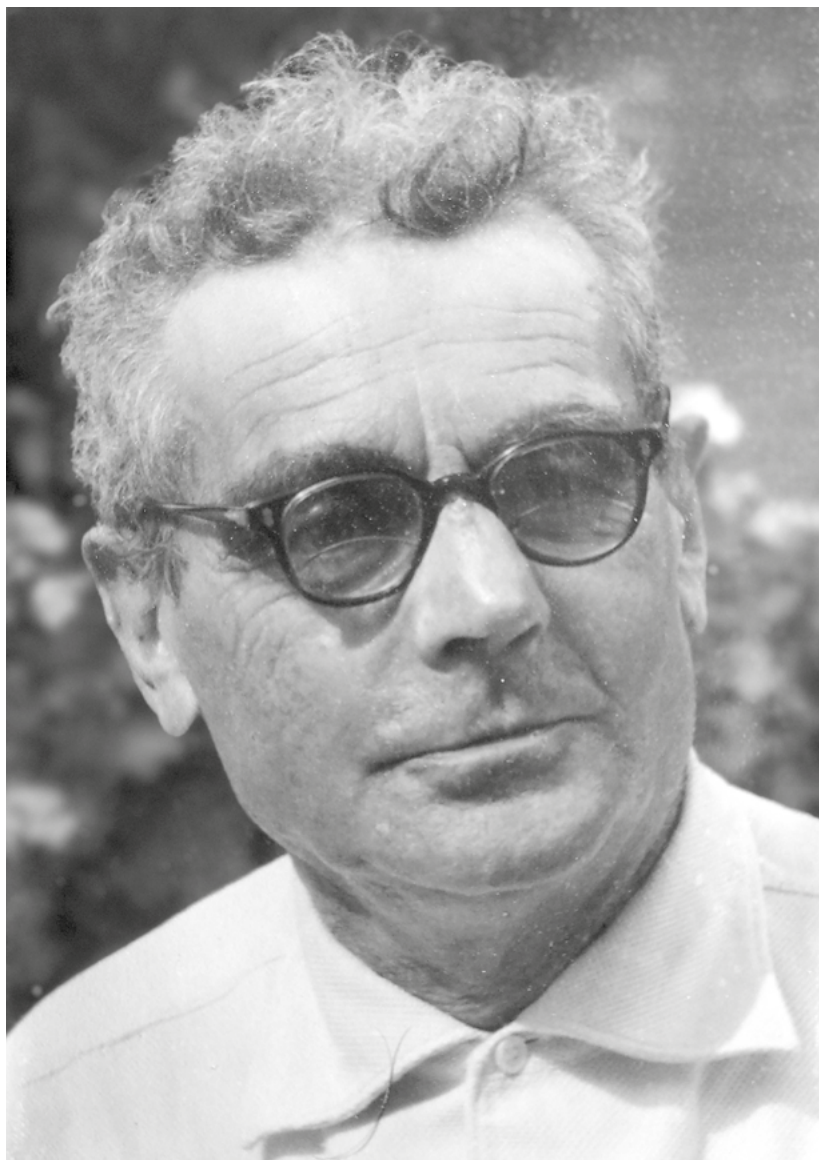
Después de la muerte de la abuela, en 1952, en los meses que pasaba en Turín, Benvenuto vivía en su departamento, lindante con el de mis padres. Hacía sus comidas con ellos. Eran los primeros años de la televisión: por la noche, mi padre se veía atraído por todos los servicios televisivos, independientemente de su calidad. Era un poco sordo y ponía el volumen de sonido muy alto. Benvenuto, más intolerante, fumaba resoplando ruidosamente hasta que se iba a su estudio.

Benvenuto no quiso jamás regresar a Alemania. Pero no olvidaba ese país, en el bien y en el mal. A una querida amiga mía que había sido su alumna se le había ofrecido un puesto de lectora de italiano en Leipzig, en Alemania oriental. Eran los años en los que estaba difundido el prejuicio contra los alemanes. Fue a pedir consejo a Benvenuto, que le dijo: «Señorita, yo a Alemania no volveré nunca en mi vida, pero usted vaya, y verá que no se arrepentirá de conocer ese pueblo» (y fue así: mi amiga, ahora casi nonagenaria, no deja pasar ocasión de recordarme este episodio).

Mi padre y Benvenuto murieron en abril de 1968, con una diferencia de cuatro semanas uno del otro. Fueron días intensos. El primero que falleció fue mi padre. Benvenuto estaba bien y no aceptaba la idea de que hubiese muerto primero el hermano más joven. Quince

días más tarde se le diagnosticó una leucemia que, al comienzo, parecía destinada a llevar un lento camino. En un principio, no le informamos sobre la prognosis, pero nos planteamos el problema de una decisión sobre el continente donde pasaría los últimos meses de su vida (en Turín, con nosotros, o bien con Eva, en Buenos Aires). Sin que él lo supiera, mis hermanos y yo tuvimos frecuentes diálogos telefónicos o telegráficos con nuestra prima Eva. El 25 de abril fui yo quien le di la noticia de su leucemia: me dijo, «¿Eso es todo? Si supieses cuántas veces le vi la cara a la muerte», y decidió inmediatamente que prefería ir a Buenos Aires, no solo para estar con la familia de la hija, sino también para no complicar la vida de mi madre, cuya movilidad estaba limitada por graves problemas de circulación en las articulaciones inferiores. Por la noche, nos invitó a cenar a un restaurante. Al día siguiente, escribió todavía a su hija que «[el] pie y [la] pierna de Giulia [mi madre]... constituyen un problema mucho más serio [que el mío]...». De manera inesperada, al día siguiente las condiciones de Benvenuto se agravaron y murió en la mañana del 30 de abril. Eva tuvo apenas tiempo de llegar al funeral de su padre. Recibimos una gran cantidad de mensajes de participación y de luto, incluido el del presidente de la República Italiana.

Medio siglo más tarde, si tuviese que señalar los mensajes más importantes que recibí de la convivencia con Benvenuto, casi de todos los días, en mis primeros cuarenta años diría, en primer lugar, una visión laica de la vida y del mundo, en el respeto de las opiniones de los demás. Agregaría la autoironía, el valor de la familia, la importancia de las lecturas y una visión optimista del mundo. Queda también el interés por el sentido de las palabras y por el modo en que han evolucionado las lenguas.



BENVENUTO TERRACINI (1886 –1968)

[GENTILEZA: JULIA MARTINEZ HEIMANN]

EL CONCEPTO DE LIBERTAD LINGÜÍSTICA²²

BENVENUTO TERRACINI

Se cuenta que un día el poeta persa Firdusi pidió entrada en una Academia. El presidente le presentó un vaso lleno de agua hasta el borde para manifestarle que ya no había asiento para él. Con igual silencio contestó el poeta: recogió de un rosal un pétalo de rosa y lo dejó caer con miramiento por encima de las aguas, sin verter una sola gota; así Firdusi fue admitido en la Academia.

¿Es lenguaje esa lengua hecha de símbolos y silencios? Vico dijo que sí, al descubrir que la poesía de la imagen está en la raíz de nuestra palabra; lo admitimos también nosotros al notar que en el ritmo de la poesía nada es más elocuente que una pausa hecha de ecos evocadores, mucho más elocuente que la palabra exacta, cortante, que se ajusta mal a los íntimos repliegues del alma.

22. Transcribimos el texto tal como fue publicado originalmente en la revista *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, Año XVIII, Vol. xxxvi, nros. 211–212–213, octubre-diciembre de 1949, pp. 337–348. Modernizamos la ortografía de los monosílabos verbales que actualmente solemos escribir por convención sin tilde. Conservamos, en cambio, el lapsus en el nombre de Ungaretti que puede leerse en el último párrafo, donde Terracini anota «Luigi» en lugar de «Giuseppe». Mantenemos también la puntuación y el uso de las comillas, que el artículo respeta en algunas citas textuales en párrafo independiente, aunque no siempre. Las negritas han sido reemplazadas en todos los casos por itálicas. Siguiendo fielmente la publicación original, los términos en itálica y en francés que aparecen en el texto se reproducen sin marca tipográfica alguna.

Los diplomáticos dicen (por lo menos decían) que el lenguaje es un medio que el hombre tiene para ocultar y disfrazar su pensamiento. Los filósofos del lenguaje son más optimistas y hablan de lo ambiguo que es el lenguaje por lo cual, lo significado, como veremos, no es sino un medio para expresar lo realmente mentado. Dondequiera damos con la ambigüedad del lenguaje; no sólo palabras equívocas, no sólo agudezas barrocas, sino también la incomprensión trágica de lo ambiguo, el «tan largo me lo fiais» del Burlador de Sevilla.

Lo no determinado que está en la raíz de lo equívoco es un manto de poesía evocadora, tejido de alusiones y de asociaciones sutiles —un poeta italiano habla en este caso de un proceso inalámbrico—; no necesitamos temporáneamente penetrar en los misterios de la poesía hermética: podemos conformarnos con los giros equívocos y la no determinación de los clásicos, quizás de menor hondura pero tan repletos de emoción cuanto más están desprovistos de un valor significativo apreciable y recordable entre los otros valores idiomáticos, esto es, cuando más están alejados de su valor lógico de vocablos: el *aljófar*, el *nácar* de nuestros poetas, el *crystal* de Góngora:

en el cristal de tu divina mano
de Amor bebí el dulcísimo veneno

centelleo sensual y fugaz, de hermosura femenil.

Lo ambiguo de la lengua es como una puerta a medio cerrar que permite al poeta, así como al hombre de la calle, evadirse de la prisión. La evasión de los vínculos idiomáticos por parte de la expresividad subjetiva es un concepto generalmente aceptado por la estilística moderna; sin embargo una fortaleza de la cual el preso, no bien encerrado en su celda, descubre un medio de escabullirse, no deja por eso de ser una prisión.

Nadie está contento con su lengua: el místico se queja igual que el poeta, y por razones parecidas; pero más bien que evadirse de ella intenta forzar sus paredes elásticas tendiéndolas a la fuerza con

sus metáforas para expresar lo inefable, es decir, lo que no se puede expresar con palabras, hasta cuando descubre que la comunión con Dios sólo corresponde la quietud del silencio: «A l'alta fantasia qui mancò possa», dice Dante al terminar su Paradiso.

Del lado opuesto el pensamiento científico se queja de lo impropio y no adecuado que es el lenguaje. En búsqueda de signos idiomáticos que correspondan a conceptos claramente definidos, la ambigüedad de la palabra le resulta un impedimento molesto desde distintos puntos de vista. Un joven filólogo argentino, al intentar el análisis de lo que es propiamente el concepto de *occidente*, en un principio queda cohibido delante de los múltiples sentidos que tratan de vivir en simbiosis dentro de este neologismo de nuestra cultura. Ese anhelo hacia el significante exacto, delimitado, se exaspera cuando la ciencia busca los términos para conceptos tan nuevos, tan fuera de la experiencia común, que el sentido histórico de cualquier palabra no le parece apto a captarlo sin llevar consigo asociaciones y connotaciones engañosas. Por ejemplo, los conceptos de la física atómica en este momento se adelantan a los términos de la física ordinaria en cuanto la nomenclatura de ésta sugiere forzosamente una distinción entre el mundo de la materia y el de la energía, que la física atómica ha superado. Los nuevos físicos —hay testimonios interesantes al propósito— se resisten a trasponer a sus concepciones una nomenclatura que les parece atrasada, y van tanteando. De la misma manera se resistieron en sus tiempos Lavoisier y Galileo.

Alguien puede observar aquí que, con el arte y el sentimiento religioso, estamos en uno de los límites de las posibilidades idiomáticas; con el pensamiento científico y su ideal de expresión de una objetividad pura, estamos en el límite opuesto. Sin embargo, en el medio donde el lenguaje está como en su casa y expresa toda la experiencia de nuestra vida activa, la situación no es mejor: el rebotante ímpetu vital de cada generación no está a sus anchas en los moldes tradicionales de la lengua. Sus valores y colores ya no le bastan; el grado de admiración de que ayer estaba cargado, por ejemplo, *lindo*, con todos sus sinónimos *bello*, *hermoso*, *perfecto*,

exquisito, ya no satisface nuestra sensibilidad moderna que busca en la lengua un medio de expresión más explícito: lo que era *lindo* es hoy *magnífico, maravilloso*.

No sólo en el pensamiento científico, sino en los valores de la vida, cada cambio, cada revolución sentimental lleva consigo un desplazamiento en la relación que media entre nuestro ser y el cosmos en el que vivimos sumergidos; en consecuencia lleva consigo también un disgusto entre los moldes de la lengua que ya no parecen aptos a contener nuestra nueva forma mental. Aquí viene de molde granjear ejemplos en la historia de la última revolución, que en una u otra forma ha afectado nuestras lenguas de cultura occidental: ese movimiento múltiple y decadente cuya manifestación más llamativa nos aparece como un largo proceso de disgregación de conceptos racionales que desemboca en el existencialismo; le corresponde en arte toda una trayectoria que sale del impresionismo y llega, a través del expresionismo, a toda una serie de manifestaciones: cubismo, surrealismo, etc., que delatan alguna hermandad desde el punto de vista idiomático por haber agregado todas ellas una nueva connotación al viejo y marchito sufijo *-ismo*. Esto es bastante tradicional y algo paradójico, ya que estas manifestaciones tienen en común el anhelo por una forma lingüística nueva. En sus realizaciones más atrevidas y también más efímeras, este anhelo por la liberación idiomática es lindero de la anarquía; puede que alguno de mis lectores recuerde todavía que uno de estos *-ismos*, el futurismo italiano, dio nacimiento a las «palabras en libertad», es decir, se ilusionó con soltar las palabras de todo lazo sintáctico que empaña lo inmediato y lo simultáneo de impresiones concomitantes, sujetándolas a la fuerza al firme soporte de la lógica tradicional.

Este cargo de imputación a la sintaxis es mucho más viejo que el futurismo, es el más péfido y sutil de todos los cargos que pueden hacerse a la lengua tirana. Sea por ejemplo una oración como:

El avión ha aterrizado a las 12 horas

que puedo leer en las noticias de un diario. Un gramático empedernido podría hacer aquí muchas observaciones interesantes: podría sobre todo notar que en esta oración nos representamos el avión como un ser vivo, como si fuera propiamente un pájaro. Si luego el gramático reflexionara y se fijara en que el cronista en su nota escueta no tenía ninguna intención poética, así como no la tendría al escribir:

El tren ha llegado a las 12 horas

nuestro gramático podría dar un paso más adelante y observar que —ya que el sujeto gramatical representa al que realiza la acción— todos los sujetos de todas las oraciones de nuestras lenguas:

El vaso está sobre la mesa

presentan normalmente al sujeto como algo animado. ¿Tenemos que pensar que nosotros, los hombres de la civilización racionalista de occidente, estamos condenados por nuestra sintaxis a ver todas las cosas inertes que nos rodean (el cielo, la tierra, la cama, la mesa, los libros que están sobre la mesa, los cuadros colgados en la pared) arrastradas en una danza perpetua? Claro que no: puede que nuestro gramático sea muy cuerdo y llegue a otra conclusión. Nuestro tipo gramatical refleja y generaliza el estado mental de un sujeto hablante el cual haya adquirido la conciencia de que su persona es distinta de los otros seres, y además es dueña de sus actos; en otras palabras, haya adquirido la conciencia de su individualidad; ahora bien, este hablante no hace otra cosa sino proyectar la forma de su ser sobre todos los seres y las cosas con las cuales interfiere su experiencia. Este esquema mental nos parece ineludible a nosotros hasta cuando nos quedamos sumidos en él; sin embargo, puede haber quien lo sienta como la esclavitud de una constricción y piense con nostalgia en dichas formas mentales primitivas en las cuales el sujeto queda confundido con los demás seres e identificado con ellos porque comparte con ellos sus acciones; o en otras no menos dichas por las cuales el

sujeto carece del sentimiento de la acción, y concibe ya a sí mismo, ya a los demás seres y cosas, como estando sujetos a una eterna pasividad. Sería éste, más o menos, el esquema de la sintaxis esquimal.

Pero hay remedio para todo; pasemos por alto lo angosta que puede resultar su propia lengua al hablante que mira envidioso la riqueza que otras ostentan; los pueblos latinos pueden opinar que su léxico es pobre si lo comparan con el lujo del inglés o del árabe; un inglés puede quejarse de que a su lengua le haga falta un sistema de distinción de género en comparación con los tres géneros que tiene el alemán. Éstas son envidias de vecinos y la pena de la envidia —conforme al sistema justiciero del Purgatorio de Dante— es la ceguera. Estos ciegos no reparan en el conjunto de su lengua: un sistema lleno de recursos que se puede estirar por todas partes, así como un traje, lo que merma de un lado sobra del otro. Pobreza y riqueza idiomática son términos que carecen de sentido absoluto. Sin embargo esta competencia de aldeanos nos lleva a observar que ni siquiera los rasgos de gramática sintética, que captan más bien la forma mental en la cual ordinariamente vivimos presos sin darnos cuenta, así como el pez vive en el agua, ni siquiera esos rasgos son privativos. Para ellos también la lengua tiene sus recursos, no bien el hablante se le antoje invertir las relaciones de su ser con los demás seres que pueblan el universo.

Tomemos como ejemplo el caso de la oración nominal, como se presenta en este pasaje de Miró:

Viejos cipreses de aguja húmeda de cielo; su sombra accidentada de antigüedad, y en el cerrado follaje el ruiseñor de todas las primaveras.

Romeros, jazmines, laureles; el aljibe con toldo de rosales. Jabardillos de palomas y golondrinas que vuelan redondamente y algunas descansan en las mismas socarreñas, en las mismas gárgolas de las palomas y golondrinas de antaño.

La oración nominal es uno de los rasgos estilísticos más prominentes de la prosa moderna, pero hay que recordar que le corresponden giros populares. Por ejemplo, un aldeano francés para expresar lo que no

sotros entendemos con la oración: «pasa el cartero» (le facteur passe), puede decir muy bien «le facteur qui passe». Hablando con rigor, este francés mira aquí el mundo con los ojos asombrados de un niño: una colección de seres; sus acciones quedan en un segundo plano, lo que sería más o menos el principio que rige la sintaxis esquimal.

Un paso más adelante y correríamos el riesgo de ver esfumarse en la nada nuestro problema. Si el lenguaje es un medio flexible e inerte en el cual puede caber cualquier contenido tal como en un vaso —la comparación es de Pirandello— la libertad idiomática ya no es un problema. Sin embargo, al leer esta conclusión alguien podría acusar al autor de querer salir del paso escamoteando el tema; en realidad para plantear el problema de la libertad lingüística hay que dejar a un lado la lengua y su sistema y arrancar exclusivamente desde un ser humano: el hablante.

Este ser humano vive y actúa en el mundo social, conforme a una norma de principios, de ideas, de sentimientos, que comparte con sus semejantes y pueden llamarse educación, cultura, tradición y también prejuicios, conforme al temperamento y a la conciencia individual de cada uno. Hay quien hace con gozo lo que los demás hacen y piensan (no sólo el mundo del lenguaje tiene su gramática de ideas preestablecidas); pero hay quien actúa con el anhelo de estampar en el mundo una huella propia, de andar su propio camino. Todas las manifestaciones de la vida social trazan en esta perpetua elaboración la trayectoria de su desenvolvimiento. No bien la educación o el derecho —si queremos un término de comparación más próximo al lenguaje, ya que el derecho es una institución así como muchos piensan que lo sea el lenguaje— no bien el derecho ha aceptado una norma, de la experiencia de la vida surge una situación que determina un cambio, es decir, una norma nueva. Cuando esta experiencia no sale del círculo de la individualidad más angosta y tiene un carácter prominente no social, entonces hay el error que lleva consigo la sanción de la pena.

Podemos traducir esta situación a conceptos lingüísticos. Sea dicho de paso, en el mundo de la palabra no hay lugar para la

pasividad de una obediencia absoluta. Los que repiten lo que han oído, únicamente porque lo han oído, o son loros o pasan por tontos, o no dicen lo que quieren decir. Esta es la pena de quien acepta la lengua como un mando en el cual su espíritu está pasivamente ausente; en este sentido absoluto, podemos decir que la lengua es un tirano únicamente para los que, por debilidad, aceptan su tiranía.

Al lado opuesto, tenemos a los anárquicos: ellos también merecen una pena. El deber anárquico, escrito por un niño le vale una mala nota: pero ¿qué es una mala nota comparada con la pena del error idiomático que espera a los mayores, la pena de no ser comprendidos?

Viéndolo bien, lo que vulgarmente llamamos la necesidad de ser comprendido, no es otra cosa sino la enunciación vulgar y corriente de una exigencia previa de orden teórico y no práctico. La expresión de nuestra subjetividad no es nada sino una mera forma perecedera de reacción sentimental: un grito, un suspiro, un gemido, hasta cuando no la sostenga y la fije un principio de objetivación; éste es el oficio del lenguaje, oficio que se desarrolla sobre dos planos paralelos. El principio de objetivación que valoriza la realización idiomática de nuestra expresividad debido a ser un hablante un ser social, se manifiesta delante de su conciencia como la intención, el deseo, la necesidad de hablar, para que alguien lo entienda. Desde este punto de vista la vieja cuestión de si el lenguaje es expresión o bien comunicación, actividad teórica o práctica, monólogo o diálogo, puede solucionarse considerando estas parejas opuestas como el doble aspecto de un único anhelo que empuja al hablante a hacer uso de su idioma: un anhelo a salir de sí mismo, un anhelo hacia lo universal. Sumamente libre será aquel que se pondrá en las condiciones más favorables para realizar este anhelo. La libertad lingüística no es otra cosa sino la perfecta realización de la propia actividad lingüística.

Pongámonos en el grado más bajo y elemental de esta ansia por lo universal que es el lenguaje, por ejemplo, en la condición de un alumno de cuarto o quinto grado. Ayer su maestro le ha explicado lo que son los sinónimos y hoy quiere lucir lo aprendido y se encuentra delante de dudas y problemas que hasta aquel momento no había

experimentado. «¿Escribiré: el espectáculo de la naturaleza es bonito?» «No: porque quiero decir que es *hermoso*». «¿Será mejor que ponga: *magnífico, maravilloso, divino?*...» Al salir de los límites marcados por los mojones de definiciones claras, el pobre niño ha dejado de pisar terreno firme y se ha deslizado en el atolladero de las preferencias idiomáticas, en donde no hay exclusiones que determinen de antemano la elección de la palabra. Más sabios que su maestro podríamos solo aconsejar al niño que escriba como se le antoja. De poder conocerlo, este niño quizás envidiaría al hablante de Saussure que no tiene estos problemas. A medida que procede su discurso ese hablante ya no elige sino que recoge sus palabras en la encrucijada ideal de una múltiple red de asociaciones y de valores idiomáticos, exacta como el punto que determina sobre un mapa el encuentro de tal grado de longitud y latitud. Pero para darle esa seguridad, Saussure ha separado previamente al hablante de su lengua para presentársela después en forma abstracta de sistema. En realidad ni el maestro que había dictado honradamente su clase sobre los sinónimos ni Saussure están equivocados: consideran el idioma como un mundo de meras posibilidades. Hasta el poeta que lucha con su lengua y, terminado su poema, cambia una u otra palabra porque no le parece bien sentada y se le ocurre una mejor, él también opera con las posibilidades que le brinda el gran tesoro de su lengua, al hacer una labor legítima, la del crítico e intérprete de sí mismo.

Ahora bien ¿qué quiere decir que una palabra no está bien sentada? Significa que el poeta no la encuentra ajustada a algo que ya está en él; a lo que tiene mentado; significa que la palabra no corresponde a la condición de su ánimo en aquel momento, a la condición de ese ánimo por cuya presencia el lenguaje viene a ser no una posibilidad, sino una realidad, no una gramática, sino el legítimo y concreto ejercicio que da forma comprensible a los abismos indefinidos de nuestra individualidad.

No bien consideramos el problema desde el punto de vista de la interioridad del hablante, la situación se ha volcado: no es la gramática, es decir, la lengua, la que tiene preso al niño o al poeta,

sino que es el niño, es decir, el hablante, quien plasma e interpreta la gramática ajustándola a las necesidades expresivas de cada momento. A estas necesidades expresivas no corresponde en la oración un signo determinado como para los valores semánticos y gramaticales; las expresa más bien una tonalidad que se cierne sobre el discurso desde el principio hasta el fin; ahora luce, ahora se oculta, nunca la aprehendemos, pero siempre sentimos su presencia:

De mis soledades vengo
a mis soledades voy...

es un tono, un ritmo, que marca el compás, descubriendo lo que Lope quiere expresar por encima de las palabras que emplea, diría no obstante las palabras que emplea; crea entre ellas relaciones únicas que se esfuman no bien la oración está pronunciada; más exactamente: todas ellas caben mejor en un conjunto del cual se desarrollan como un germen: no olvidemos que primero fue la oración, luego el vocablo.

Este tono expresivo lo conocemos muy bien; es uno de los aspectos de lo que Humboldt ha llamado la forma interior, principio subjetivo que rige la creación lingüística y da forma y sentido a la expresión de la realidad enfocándola, conforme al espíritu, mejor dicho, al momento espiritual del hablante. Aquí prefiero el término tonalidad expresiva, por razones de exactitud teórica que no cabe desarrollar y sobre todo porque el término de tonalidad me parece sugerir la idea de un punto de perspectiva, un punto de salida que yo puedo elegir con libertad absoluta así como el músico elige el tono de su composición. No hay límites de esta libertad así como no hay límites para la expresión de las acciones humanas: esto quería decir yo al sugerir al niño que escriba como se le antoje. Elegido el tono, encontrado el enfoque, toda la realización del discurso se desarrolla como por una necesidad natural; ya no hay lugar para dudas o elecciones. No existe imagen, o ardid sintáctico, tan atrevida, o dimensiones y ángulos tan deformados que no parezcan no sólo comprensibles, sino necesarios cuando el hablante sabe mantener el

punto de vista, la tonalidad que ha elegido una vez para siempre: no hay ley de tradición idiomática que se resista a ese impulso interior.

Tratemos de orientarnos sobre este punto básico de la teoría con un ejemplo; leamos este pasaje de Miró; es un pasaje de *El Obispo leproso* en el cual Miró introduce a dos de sus personajes principales: el cura de Oleza y el paisaje de Oleza. Sube el cura en compañía de un niño al campanario, en el atardecer:

Luego... torciéndose por la escalerilla llegaban bajo la cigüeña de las campanas; y desde los arcos, entre aleteos de falcones y jabardillos de vencejos, veían el atardecer, que Don Magín comparaba a un buen vecino que volvía, de distancia en distancia, al amor de su campanario.

Allí arriba los dos se encuentran rodeados de improviso por el inmenso panorama:

Toda la ciudad iba acumulándose a la redonda. Su silencio se ponía a jugar con una esquila que sonaba, tomándola y deshaciéndola en la quietud de las veredas. Golpes foscos de operador; golpes frescos de legones; tonadas y lloros: el bramido del Segral. Arreciaba la bulla de las ranas.

Primera impresión de silencio; luego una esquila, un golpear de martillo empieza a marcar el compás de ese silencio: por fin, a medida que la vista se escurre desde las casas y las calles próximas al horizonte del campo lejano, el oído se fija en las notas perpetuas y continuadas de ese silencio: el ruido del río, el croar de las ranas. Ahora bien, si analizamos atentamente este pasaje, nos damos cuenta en seguida de que aquí el sonido de la esquila con su onomatopeya («tomándola y deshaciéndola»), la batuta lenta de «la quietud de las veredas», el paralelismo «golpes foscos... golpes frescos...», la distensión del ritmo final, todo ese conjunto rítmico es lo que realmente expresa la particular impresión de Miró pasando por encima del significado de cada vocablo. Pero este ritmo adquiere su valor concreto y expresivo únicamente porque está construido sobre el tejido semántico y

sin-táctico, es decir gramatical, de esos vocablos como *esquila*, *quietud*, *golpe*, etc. Podemos decir en general que lo nuevo, lo único, lo indefinido, lo real de la expresión se hace explícito y comprensible cuando dibuja sus arabescos sostenido por un armazón de puntos implícitamente aceptado y dados por conocidos, que lo sustentan como los postes sustentan colgadas las ramas tupidas de una parra, o como las obras y los pensamientos que arraigan en lo más hondo de nuestro ser, se manifiestan y adquieren sentido porque se levantan sobre un conjunto de lugares comunes, de conceptos subentendidos, de premisas obvias, que les proporcionan relieve y perspectiva.

El propio Miró parece llamar nuestra atención sobre este juego de expresión explícita arrimada a una gramática implícita. Miró es un estilista a veces audaz, pero no tanto como para forzar su lengua. La animación del paisaje es una forma rutinaria, tal vez hasta el cansancio, de su estilo; sin embargo aquí Miró había pensado en preparar al lector; para la metáfora de esta ciudad «que se acumula a la redonda», adelantando la comparación del atardecer con el buen vecino, hecha por el cura. A menudo Miró es aun más escrupuloso y rutinario y le gusta presentar simultáneamente los dos valores sobre los cuales juega su expresión: el valor real y el tradicional:

fue asomándose Pablo al huerto episcopal (en donde solía jugar cuando niño). Todo lo recordaba por *suyo*, como si hubiese sido *suyo*.

En otro pasaje, la presencia simultánea de los dos términos de la metáfora expresan²³ la emoción apacible de una conversación. Narra don Magín la muerte del viejo médico de Oleza:

Estaba en su butaca jugando con sus anteojos y el bastoncito en sus rodillas, como si fuera a levantarse para su *paseo* por la calle de la Verónica y se nos fue a *pasear* por la plaza del cielo.

23 Errata del original: expresa.

Ahora comprendemos por qué Miro ha escrito en español: no sólo para que los españoles lo entiendan —eso ya lo veremos— sino también por una razón más honda, para comprenderse a sí mismo. Se habla ordinariamente del vocablo como signo del concepto expresado; al analizar el signo como lo realiza efectivamente el acto lingüístico, resulta más patente su valor evocador de algo que queda indistinto en el espíritu. El lenguaje es algo como un punto, una línea de un dibujo blanco y negro que permite vislumbrar todo un conjunto de matices, de sombras, de luces, de formas, de volúmenes, de colores; el lenguaje es como un retículo puesto al lente de un catalejo, que permite determinar la posición de cada punto del panorama y fijarla en nuestra memoria. Hace unos años, un estilista como Bally concebía el mecanismo de la expresividad como un salir de las formas normales del discurso; hoy lo vemos mejor, y decimos que lo expresivo necesita para realizarse el soporte de lo gramatical, así como un cuerpo necesita un esqueleto.

Con estas palabras no se cierne sobre el pobre hablante el peligro de una segunda vuelta a la esclavitud idiomática; lo aceptado por todos no es un concepto absoluto; al contrario, trae consigo otra forma de libre elección. Los tratados de retórica medieval que enseñaban el arte de escribir cartas, explicaban que uno no se dirige a su amigo, o a su amiga, o a su padre, o al Obispo, o al Emperador, de la misma manera. Había toda una casuística del trato epistolar tan complicada en sus posibles combinaciones como la casuística de la materia de las epístolas; en cierto sentido una era paralela a la otra. También nuestro discurso diario tiene la complicación de esta casuística que va mucho más hondo que la superficie del trato social.

Lo implícito, lo subentendido que necesita mi expresión, cambia de una manera infinitamente varia según el interlocutor al cual me dirijo. Hablante y oyente están encerrados en un círculo particular, un círculo mágico hecho de condiciones, de premisas, de intenciones comunes, todo un conjunto que los lingüistas llamamos situación. Y cada situación tiene su gramática; en un coro de amigos, en las charlas de sobremesa, el vaivén del diálogo está

lleno de imágenes de un tono particular que en la conversación con desconocidos no tendría ni sentido ni sabor. Al hablar conmigo ya no necesito el lujo de toda una gramática: me basta una forma doméstica, desprovista de los firuletes y de las demoras de la lógica: relampaguear telegráfico de asociaciones yuxtapuestas.

Cada situación exige un enfoque de parte del hablante, la elección de un tono —podemos llamarlo tono social—, que expresa uno de los momentos más individuales del lenguaje humano: el grado de simpatía, de comprensión que une al hablante con su público. Es un tono que cambia en cuanto cambie el público de oyentes; para acertarlo el hablante tiene que ejercer un sexto sentido, el sentido de una flexibilidad espiritual que reacciona oportunamente a todas las situaciones a medida que se le presentan, el mismo sexto sentido con el que se luce la sensibilidad de un actor o de un conferenciante que sabe medir y calcular el efecto de sus palabras.

El uso de esta sensibilidad flexible es la forma exterior de nuestra libertad idiomática, ya que el tono social no es otra cosa sino la faz exterior del tono expresivo. El poeta, el novelista, conforme a la tensión lírica que ahora lo sumerge dentro de la realidad, ahora lo aleja de ella como para que pueda contemplarla mejor, se dirige siempre idealmente a un público, narra y canta para un público, para comunicarle sus sentimientos, para conmoverlos, para persuadirlo: elocuencia es lindera de poesía. Cuanto más hondo el poeta mira a sí mismo, tanto más el horizonte de su público ideal se amplía, pierde sus límites, se hace sencillamente humano.

Este segundo aspecto del enfoque idiomático, que marca la invisible presencia del sujeto hablante y la posición elegida respecto a los hombres que lo rodean, proporciona a la palabra humana su carácter plástico, hace de ella como un molde de barro dentro del cual la individualidad del sujeto se hace manifiesta en la forma concreta de su historicidad. Hay hablantes que miran a los demás con sentimiento de perfecta hermandad, como si con los suyos expresaran los pensamientos de todos. Ellos se sumen con gozo en la lengua de todos, la disfrutan con humildad aparente para darle el

sello de su propia persona; su expresión lleva una nota que podemos llamar coral. Entre los italianos pienso particularmente en Manzoni: no sólo en la prosa de *Los Novios* sino también en la poesía de los *Inni Sacri*. Otros se dirigen al mundo desde la altura de su soledad, no cuidan de los demás, no les interesa si pocos lo comprenden:

O voi che siete in piccioletta barca...

Dante en el principio del *Paradiso* casi quiere alejar a los lectores indignos. Pero Dante de las primeras rimas y de la *Vita Nova* no está solo: canta y conversa con un diminuto coro de adeptos, en una lengua criada en los invernaderos de la poesía y la filosofía, una jerga hermética dentro de la cual sus gustos, sus sentimientos, su interioridad, sobresalen con relieve sutil, casi a duras penas.

Esta lengua, que en un principio se nos presentaba como una jaula, ahora ya es otra cosa. Con todas sus posibilidades, con sus neologismos atrevidos, sus arcaísmos suaves, le proporciona al individuo la materia infinita para que la moldee; se ha vuelto un instrumento de su libertad. Es una libertad sin límites con tal que se realice una sola condición: que la expresión sea legítima y sincera. Es completamente libre y completamente sincero el niño cuando no le ponen, para que hable, la mordaza de una gramática prematura; menos libre y menos sincero es el escritor cuando no acierta su enfoque tonal y pone entre sí mismo y el lector la distancia insalvable de errores de estilo.

Hemos llegado al término de nuestro camino y no está de más encontrar aquí a un poeta esperándonos: las confesiones de un poeta son una golosina para el lingüista en búsqueda de documentación. En 1948 Luigi Ungaretti²⁴ contestó al pedido de una definición de la libertad hecho por la revista suiza *Les Recontres Internationales*. El concepto vital del arte que tiene Ungaretti hace que sienta como

24 Errata del original: el nombre de pila de Ungaretti es «Giuseppe» y no «Luigi».

pocos la esclavitud de la tradición literaria e idiomática, elaborada por un pasado tan distinto de la concepción, reducida a un atomismo existencial, que caracteriza nuestra edad en crisis. Ahora bien, Ungaretti sale de esta congoja en la cual arte y vida están confundidos, acudiendo al prestigio de la poesía que da al hombre la «ilusión de volver a la juventud del mundo, de dar un sentido nuevo a la vieja tribu de las palabras», es decir, hacer que el conocimiento de sí mismo y no los modelos literarios, despierte la ilusión de la «inocencia y de la libertad, de la libertad de cuando la humanidad estaba intacta antes de la caída».

CONFERENCIA PRONUNCIADA
EN EL COLEGIO LIBRE
EL 13 DE OCTUBRE DE 1949



DIEGO BENTIVEGNA es Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires y se especializó en lingüística y literatura en la Universidad Ca' Foscari de Venecia y en la Scuola Normale Superiore de Pisa. Es investigador del CONICET y docente en las Universidades de Buenos Aires y Tres de Febrero. Forma parte de la Cátedra Libre de Estudios Filológicos Latinoamericanos «Pedro Henríquez Ureña» (UBA). Impulsor y director del Observatorio de Glotopolítica y miembro del equipo fundador del Anuario de Glotopolítica. Publicó libros de ensayos como *Paisaje oblicuo* (SE), *El poder de la letra* (Unipe), *La eficacia literaria* (Eudeba) y es editor del volumen de escritos autobiográficos de Rubén Darío (Eduntref). Dictó charlas y conferencias en las universidades de Ámsterdam, Valencia, Roma III, Newcastle, Hannover, Santa Catarina entre otras. Escribe poesía.

[FOTOGRAFÍA: MARIANA LÓPEZ]

ÍNDICE

- 3 **HUELLAS ARGENTINAS**
BENVENUTO TERRACINI Y LA NOCIÓN
DE LIBERTAD LINGÜÍSTICA
DIEGO BENTIVEGNA
- 23 **BENVENUTO TERRACINI EN FAMILIA**
BENEDETTO TERRACINI
- 35 **EL CONCEPTO DE LIBERTAD
LINGÜÍSTICA**
BENVENUTO TERRACINI

COLECCIÓN **LA LENGUA EN CUESTIÓN**

dirigida por Lucila Santomero

Reúne textos para un archivo de la historia política y material de la lengua española.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).

Programa de Lectura Ediciones UNL.



UNL - FACULTAD
DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS



ediciones UNL

Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Bentivegna, Diego Luis

Benvenuto Terracini : el concepto de libertad lingüística / Diego Luis Bentivegna ; contribuciones de Benedetto Terracini. - 1a ed. - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2022. Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera / Analía Gerbaudo ; La lengua en cuestión) Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-310-1

1. Derechos Lingüísticos. 2. Lingüística.
3. Exilio. I. Terracini, Benedetto, colab. II. Título. CDD 410.1

© Diego Luis Bentivegna, 2022.

© de la contribución: Benedetto Terracini, 2022.

© herederos de Benvenuto Terracini, 2022.

© de la editorial: Vera cartonera, 2022.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional